

Política martiana

Guillermo Castro

La vigencia contemporánea de los rasgos esenciales del pensamiento de José Martí es un hecho ya probado. En general, esos rasgos se sintetizan en tres aspectos centrales: el señalamiento del imperialismo estadounidense como amenaza principal para los pueblos latinoamericanos; la unidad de esos pueblos como única garantía frente a tal peligro y, finalmente, la necesidad de crear en cada nación de América Latina las condiciones internas que hicieran posible tal unidad. Como se puede apreciar, estos tres aspectos se requieren mutuamente, al punto de que ninguno puede ser impunemente desligado del conjunto que ellos forman sin que todos pierdan su validez. Por otra parte, siendo ese conjunto el resultado del análisis de una realidad aún en desarrollo, sigue también abierto a una profundización y enriquecimiento necesarios por parte de las generaciones posteriores a Martí.

Esa profundización y ese enriquecimiento constituyen, sin duda, una necesidad en la lucha por asentar sobre bases históricas legítimas cualquier proceso revolucionario en América Latina contemporánea. Esa necesidad, por otra parte, es teórica e ideológica justamente en la medida en que es política. Ella puede y debe ser resuelta de modo adecuado —como lo han hecho Fidel Castro y la revolución socialista cubana— a condición de que se entienda la política como lo hiciera el propio Martí, esto es, como arte de movilizar a las masas populares para la transformación consciente de la realidad. La comprensión más acabada de este problema exige, sin embargo, una comprensión también más acabada del propio Martí como hombre de su tiempo y de su pueblo.

Revolucionario intelectual

La definición más habitual de la figura histórica de José Martí es la que lo considera como un intelectual revolucionario. En nuestra opinión, ese punto de vista no es correcto y entraña el riesgo de obscurecer ras-

gos importantes del significado contemporáneo de su obra. Entendemos que sería mucho más justo y esclarecedor considerar a Martí como un revolucionario dedicado a tareas de índole intelectual, esto es, al esclarecimiento, la concientización, la organización y la dirección de un movimiento popular revolucionario del cual el propio Martí fue, a un tiempo, producto y agente. Puede decirse en este sentido que José Martí fue el dirigente que el pueblo cubano supo merecerse y que, por lo mismo, el fondo real de su grandeza no radica únicamente en sus indudables méritos individuales sino, y ante todo, en que supo ser el primero entre sus iguales.

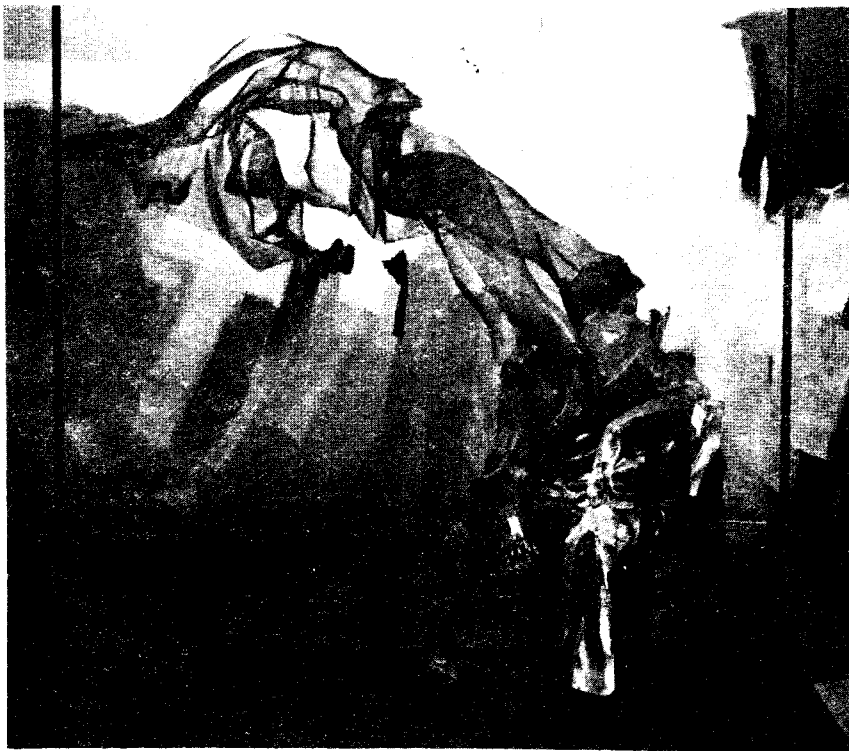
El movimiento popular al que hacemos referencia fue el que se gestó a lo largo de la lucha cubana de treinta años por la liberación nacional y la república democrática. En el curso de esa lucha se libraron, a un tiempo, la última batalla contra el colonialismo y la primera contra el neocolonialismo en América. No es de extrañar entonces que esas batallas exigieran de Martí, para la mejor definición del vasto alcance de los fines que perseguían, el examen atento y constante de la experiencia de los pueblos que, cuando

ellas estaban siendo libradas, había conocido ya medio siglo de vida independiente organizados en Estados oligárquicos. Los resultados de ese examen se encuentran sintetizados de modo brillante en el ensayo *Nuestra América*, escrito por Martí en 1891 y que debe constituir lectura obligada para todo revolucionario latinoamericano.

Cambio de espíritu

De *Nuestra América* se pueden decir, entre otras, dos cosas fundamentales: una, que aunque no se menciona de modo directo allí a Cuba en ningún momento, es un texto que sólo pudo ser hecho desde la perspectiva revolucionaria más avanzada de su tiempo; la otra, que esa perspectiva permite definir al texto como el acta de nacimiento de la América Latina contemporánea, en la medida en que en él se señalan y caracterizan todos los problemas esenciales que dan forma a nuestro desarrollo a lo largo del siglo XX. Ello es lo que nos permite afirmar que las causas de la vigencia de este documento son esencialmente políticas en la medida en que lo que señala no son sino problemas a resolver —y medios para lograrlo— en la lucha por una transformación revolu-

Guillermo Castro, panameño, sociólogo. El texto fue leído en el acto de inauguración del Instituto Panameño-Cubano de Amistad, en Panamá, el 28 de enero de 1981.



cionaria de nuestras sociedades. En lo esencial, estos problemas se sintetizan en la evaluación que hace Martí de los resultados históricos de nuestra primera emancipación, afirmando que “la revolución que triunfó con el alma de la tierra, desatada a la voz del salvador, con el alma de la tierra debía gobernar, y no contra ella ni sin ella”, para concluir señalando que el problema de la ausencia del “alma de la tierra” en los gobiernos oligárquicos se debía a que el problema real que la independencia debía resolver “no era el cambio de formas, sino el cambio de espíritu.”

Hoy, podemos decir que el espíritu que no había cambiado era el de la explotación del hombre por el hombre —con su correlato de opresión política e inestabilidad social— sobre la cual una minoría oligárquica se empeñaba en construir ficciones de repúblicas a cuenta y en contra de sus propios pueblos. En efecto, tras esas ficciones persistían las condiciones económicas y sociales heredadas del periodo colonial cuya crítica en Martí se centraba en el hecho de que ellas conllevaban la subordinación de las masas populares a intereses que les eran ajenos y frente a los cuales sólo podían reaccionar en periódicas erupciones de violencia irracional. Pero

lo más grave de tal situación radicaba, en la visión martiana, en el hecho de que tal situación, al dividir internamente a las naciones, conducía a que éstas se enfrentaran como enemigas entre sí, abriendo camino al enemigo común. Martí, que se había formado como demócrata radical al calor de la experiencia del fracaso de la primera guerra cubana de liberación, comprendía plenamente el origen sociopolítico de las formas autocráticas de gobierno y conducción política. Pero no sólo veía en ellas un peligro interno en el movimiento revolucionario, sino que además —y sobre todo— estaba plenamente consciente de que toda forma autocrática de dirección política entrañaba el riesgo de disociar a la independencia de la revolución y llevarla a desembocar en una libertad limitada a los miembros de una casta dominante.

Pensamiento imprescindible

La independencia por la que se luchaba en toda América Latina, por tanto, sólo podía ser garantizada por una libertad concreta: la de las masas populares para participar no sólo en la lucha política, sino en la propia determinación de la política misma, de sus formas, de su contenido, de sus objetivos y de sus pro-

cedimientos. Es en esta perspectiva que manifiesta toda su audacia la lucha de Martí por crear el Partido Revolucionario Cubano, la primera organización para la toma del poder y la instauración de la república democrática, popular y antiimperialista que había conocido la historia de América Latina. Se puede afirmar, incluso, que es con el surgimiento de esa organización —cuyas notorias similitudes con el partido leninista han sido señaladas, entre otros, por Armando Hart— que la política latinoamericana ingresa en una auténtica modernidad. Y es un hecho indudable que han sido organizaciones como esas las que han permitido el acceso del pueblo al poder en Cuba y Nicaragua, y la que en El Salvador lleva adelante una lucha inauditable por ese poder.

Vistas las cosas de esta manera, podemos reconocer con mayor precisión la naturaleza del aporte martiano a la política latinoamericana contemporánea. Hoy en día ningún revolucionario puede dejar de reconocer en la lucha de clases el motor de la historia, pero hasta hoy esa misma historia nos confirma que esa lucha de clases se da a través de la forma más amplia y general de la lucha popular contra la opresión nacional y extranjera. Martí, que por condiciones históricas y sociales perfectamente definidas no podía percibir la lucha de clases de esta manera, fue sin embargo un teórico de primer orden en todos los problemas relativos a la incorporación de las masas a la lucha revolucionaria. Y con ello ha bastado, no sólo para que fuera el suyo el pensamiento político más avanzado de su tiempo, sino además, y en primer término, para que sea hoy un pensamiento imprescindible de nuestro tiempo. De él nos queda, así, una enseñanza teórica y práctica fundamental: quien quiera la unidad antiimperialista de América Latina, ha de querer también la república democrática en cada una de sus naciones. Y quien quiera esa república, ha de luchar por ella como Martí lo hiciera, desde el seno del movimiento popular, construyendo, en la práctica, la unidad de los pobres de la tierra, en cuyas manos reposa la única suerte verdadera de los pueblos de nuestra América mestiza. ❧